

giosa, con calendarios de festividades a los santos patronos de los pueblos y barrios, además de acudir a los principales santuarios cercanos a la ciudad. Y continuando con su ideología autoctonista, además de su vocación viajera, a la llegada del siglo XX la danza se habrá difundido hacia los estados de México y Morelos.

Pero cabe destacar que la expansión de la danza no se dio masivamente pues, para asegurar su permanencia, los nuevos integrantes o conquistados tendrán que demostrar disciplina frente a las disposiciones de los capitanes, además de pasar por un rito de iniciación para acceder al entendimiento de los rituales; una vez preparados, podrán transmitir ese conocimiento a otros “principiantes” para formar una nueva corporación de danza. Pero esto no es suficiente, pues un grupo recién formado requerirá fundar su mesa u oratorio y levantar su estandarte, ceremonia con la que obtienen el reconocimiento de los grupos más antiguos.

Aun en regiones distantes los grupos fundados deberán mantener una estrecha comunicación a través de redes rituales y de parentesco, que garantice la transmisión del conocimiento de la danza a sus descendientes y la vinculación entre todos. Cisneros (1988) señala que algunos capitanes de Querétaro están emparentados con “antecesores del Estado de México y Guanajuato”. A su vez, los concheros de la ciudad de México lo están con capitanes de Querétaro, Morelos, Guanajuato y Estado de México.

Durante la revolución muchos oratorios fueron destruidos y varios danzantes muertos, como en Xochimilco, escenario de cruentas batallas entre zapatistas y federales, que se disputaban el dominio de la región debido a su